



## Ni brillo ni fin

Liliana Reynoso Díaz\*

“En esta vida todo se regresa, y algún día pagarás todas las dagas que has hecho” eso me decía siempre mi mamá cuando me regañaba. Yo estaba bien chamaca y la neta no creía en esas cosas, se me hacían imaginaciones de señora amargada. Qué pendeja estaba, es que de joven no piensas en lo que haces, te sientes la reina del mundo porque tus jefes te mantienen o les sacas dinero sin que se den cuenta, y así te compras tus cosas para verte más acá en frente de tus compas. Cuando creces y ya no estás tan morrilla, quieres que los muchachos empiecen a hacerte caso, yo me acuerdo que me salía con unos chorcitos y ropa cortita a la calle, porque me quería ligar al Francisco. Él y su bandita se juntaban en una esquina, y para entrarle al cotorreo empecé a tomar y fumar junto con ellos. A mi mamá no le gustaba, pero llegaba bien cansada de trabajar, así que no me decía nada. Por mucho tiempo me salía con la bandita del Francisco, hasta que nos hicimos novios, y tres meses después, ¡oh sorpresa!

“Mugre chamaca, tenías que salir con tu domingo siete”. Mi mamá se veía bien triste, pero ¿qué podía decirle yo? Francisco y yo tuvimos que juntarnos, mi mamá me mandó a casa de mi suegra porque ella no iba a poder cuidarme. A la señora no le caía muy bien, yo escuchaba que murmuraba cosas, según para que no la oyera. “Una chamaca cuidando de un bebé, por su facha no dudaría que sea de otro y se lo quiso enjaretar a mi hijo”, pero se aguantaba y se le pasó cuando nació mi niña. No supe lo que eran las cosas bellas hasta que la tuve en mis brazos, ella me miraba con sus ojotes y yo me sentía bien contenta, Francisco también. Cuando estábamos los tres juntos el mundo se sentía feliz, completo, como si todos los días fuera domingo por la mañana.

Él y yo le echábamos muchas ganas para que a nuestra niña no le faltara nada, y en un descuido, dos años después nos llegó otro chamaco. Sí estábamos contentos, pero ya

\* **Estudiante de la Licenciatura en Letras Hispánicas en el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guadalajara.**

habíamos aprendido que la vida no estaba tan fácil, en ese rato pensaba en lo que me decía mi mamá. Ella empezó a cuidarnos a los niños porque mi suegra se murió, mis hijos tenían nueve y siete años, todavía eran muy vagos. Francisco se vino abajo después de eso, estaba triste casi siempre y se estresaba mucho, yo no sabía cómo contentarlo. En uno de esos intentos quedé embarazada otra vez, él se puso muy enojado, “¿Por qué no te cuidaste? De por sí la tenemos difícil con dos chamacos y tuviste que embarazarte otra vez” me dijo. Le contesté que lo hicimos entre los dos, no nomás yo. Ya qué le íbamos a hacer.

Después de que nació el bebé todo se puso más pesado, yo no podía cuidar tres chiquillos al mismo tiempo: el bebé llorando y los otros dos haciendo desmadre. “No mamen, ya van a empezar con su escándalo” eso decía Francisco y mejor se salía a fumar. Cuánto coraje me daba eso, en vez de ayudarme se largaba. “A ver, sálganse los dos un rato a la calle a jugar, luego vienen” le decía a los niños, nomás así podía quedarme a cuidar al bebé, chillaba tanto, ya no hallaba con qué callarlo. Mientras el bebé crecía, mis hijos pasaban más tiempo en la calle, igual que mi esposo, los tres se volvieron unos vagos. Él volvió a juntarse con una bandita, mis hijos tenían la suya de puros muchachitos. Ya ni la friegan, parecen perros callejeros, y yo aquí con este mocoso que me vuelve loca, todo el rato pidiéndome de comer o quebrando cosas. “Mami, quiero dulces”, “Mami, quiero esto, quiero lo otro”, “Mami, mami, mami...”. Cómo chingan los mocosos, viendo ahorita a mi hija que ya está grandecita, qué no daría yo por volver a estar como ella, sin tres escuincles y un marido que vale madres. Pero en esta vida todo se paga...

Una noche no volvió Francisco, ni a la siguiente, ni a la otra y así. Me marcaron y me dijeron que él estaba en la penal por haber hecho unos fraudes, y ahora yo tenía que pagar sus deudas porque firmó a mi nombre. Cabrón, mejor te hubieran matado, me sale más barato el funeral que tu pinche chistecito. Ni modo, tuve que encontrar un trabajo de lo que fuera para mantener a mis hijos y pagar las deudas, conseguí chamba en una tortillería, y a veces veía a mi hija y a mi hijo de en medio pasar con su bandita. Ella iba muy agarradita de un cholo, pero me las va a pagar, la mocosa.

—¿Por qué chingados no te quedaste cuidando a tu hermano?

—Ay, amá, es que ya no lo aguantaba. Ocupaba que me die-  
ra el aire.

**“Mami, quiero dulces”, “Mami, quiero esto, quiero lo otro”, “Mami, mami, mami...”.**

—¿Y no podías llevártelo contigo para que no estuviera solo en la casa?

—No manches, má, también me hartó de andar cuidando chiquillos.

—Cabrona, no andes diciendo eso porque cuando tengas el tuyo no vas a saber qué hacer con él. Y no creas que no he visto con quien sales bien agarradita, vas que vuelas para allá.

Nomás me escondía la mirada y no me dijo nada, pero dicho y hecho, meses después me salió con que iba a ser abuela. Al menos ya tenía dieciocho años cuando salió embarazada, yo apenas tenía dieciséis, pero ni ella ni yo seguimos estudiando. Ella no terminó la prepa, y yo ni acabé la secundaria, mi otro chamaco, el grande, ni a la escuela iba. Se hacía la pinta todos los días para irse a meter no sé cuántas porquerías, y yo no iba a estarlo correteando, así me salía más barato, menos dinero qué gastar en la escuela. Y aún así las deudas no se acaban, mi hija panzona, el otro niño en la primaria, ocupando un puño de útiles y es tan desmadroso que a cada rato se anda rompiendo el uniforme, mugre mocososo. Y el otro, que ya nomás agarra la casa como hotel.

Cuando nació mi nieta, mi hija tuvo que meterse a trabajar también. No había nadie que me ayudara a cuidar a mi nieta, así que no me quedó otra opción más que dejar a la niña con mi hijo el chico, para que la cuidara cuando el saliera de la primaria, total ya no está tan chico. Así fuimos viviendo, mi hija y yo trabajando, el de en medio apareciéndose de vez en cuando, y el chiquillo cuidando a la niña.

Cada día sentía que éramos más pobres, y entre deudas y visitas a la penal yo ya no aguantaba mi cabeza. No quería saber de nadie más, quería llegar, comer y descansar, pero a ese mocososo no se le ocurría hacer nada de comer. “¿Entonces que le diste de comer a la niña?” le decía, “Le di de lo que había en el refri” me contestaba. Bueno para nada, como su padre, todos los hombres son así. “Ya quítate, pues. Haz algo útil y tráeme unos cigarros de la tienda”. Yo no comía, nomás fumaba y miraba por la ventana, esperando a ver si me llegaba una solución para todo, y cuando apenas me iba a quedar dormida en el sillón, escuché un ruidajo.

—A ver, ¿qué desmadre te traes?

—Es que se me calló el plato y se me quebró.

—Mira nomás, hiciste un cochinerito.

—Fue un accidente...

—Todo es un accidente contigo, ¡todo!

Para acabarla de fregar se puso a llorar en ese ratito, ni hombre parece.

—¡Ya vete a chingar a otro lado!

—¡No ocupo que me grites, no estoy sordo!

Por fin se salió, un día todos me van a volver loca, parece que es lo único que quieren hacer. Como sea, después de ese día, el niño se salía de la casa cuando lo regañaba y se estaba fuera por mucho rato. A mí me daba chance de relajarme, pero a la vez sentía que él se iba a hacer marihuano como el otro. ¿Y si se hacía, qué? Yo no voy a andar detrás de la gente cuidando lo que hacen.

Una mañana vi a bajo de la puerta un sobre, cuando lo abrí vi que era una nota de embargo. No me chinguen, que no están viendo cómo está uno, ellos nomás quieren dinero. Me sentía de la fregada, así que no fui a trabajar y mejor me quedé cuidando a mi nieta, mientras el niño estaba en la primaria y mi hija trabajando. Andaba viendo la tele con la niña, cuando oigo que me chiflaban y me gritaban “Jefa, jefa.” Era mi hijo de en medio. “Y ahora tú, ¿qué haces aquí? ¿ya se te bajó o qué pedo?” Ni lo saludé, nomás le dije eso. “Pos ya ve” me contestó el muy sin vergüenza.

—Ya dime qué quieres, porque no creo que vengas a ver mi lindo rostro.

—Pues una lanita para curármela, un quinientón o qué.

—Ya ni la friegas, te vas de borracho y nomás llegas a pedirme dinero. Te pasas de huevón.

—Ya jefa, no sea gacha.

Me di cuenta de que la vieja de enfrente se nos quedaba viendo, cómo me cae gorda la gente chismosa. Jalé a mi hijo para adentro de la casa para que no se asomaran más viejas argüenderas. “Mira, dinero es lo que menos tengo ahorita, si quieres curártela cómete algo de la cocina”. ¡Dios mío, qué hice para merecerme esto! Más que hijos parecen castigos. Ya andaba bien a gusto cuando llegó el mocoso de la escuela, con su cara de fuchi. “Y ahora tú qué traes, ¿me vas a pedir dinero tú también?” le dije. En eso abrió la puerta mi hija. “Métete con tu chiquilla para que la bañes, anda bien mugrosa” si no le ordeno las cosas no las hace. Luego me volteé otra vez con el niño. “Ya dime qué traes, te quedas como menso sin decir nada” en eso estiró la mano y me enseñó un papel. “Me hicieron un reporte, mañana tienes que ir a la escuela...”. Parece que el día de hoy todos se empeñan en hacerme enojar, estuve a punto de meterle un golpe, pero luego me iba a salir más cara la

**“¡Lárguense,  
lárguense todos!”.**

curación. Mejor le di una patada a la mesita que estaba en la sala, hasta una patita le quebré. Pero eso sólo hizo que me diera más coraje.

“¡Ya ni la chingas! ¿No ves que tengo más asuntos en qué preocuparme para que llegues con tus cosas?”. Él y la niña se pusieron a llorar, no aguantan nada, la verdad. En eso me di cuenta de que la misma señora chismosa de hace rato se asomaba por la ventana, yo sentía que me reventaban las venas del cuerpo y se me torcían los dientes. Si le gusta tanto el chisme, le voy a dar su show a la vieja. “¡Estás igual de idiota que tu padre!”. Ahora sí ya no me aguanté y le di su jalón de orejas al mocoso, le hubiera arrancado toda la cabeza si me dejan. “No estés gritando, amá, me estresas” se quejó mi hija. Me sentía tan embravecida que les grité “¡Lárguense, lárguense todos!”. Y así le hicieron. “¡Ya no vas a verme nunca más! ¡Y yo tampoco quiero verlos a ustedes!”, me gritó el mocoso, ni alcancé a contestarle cuando el chamaco ya se me había safado y salió corriendo. “¡Mijo, mijo! ¡Vente! ¿A dónde vas?” gritó la doña, toda asomada por la ventana. “Vieja chismosa, no se meta en lo que no le importa” le contesté. “Si no supiste criar a tus hijos mejor cállate la boca” y ella también se metió corriendo. Vieja perra, llega a regañarme como si fuera su casa, como si fuera mi madre. Me salí a la calle, en frente estaba mi hijo fumando junto a mi hija y su bebé, volteaban para arriba. Levanté la cabeza y vi a mi hijo parado en el borde de la casa, viéndome, yo le regresé una mirada directa a los ojos y pensé: “Aviéntate, aviéntate mocoso. Aviéntense todos de una vez”. Pero se volteó, oí la voz de la doña que le decía algo y él se regresó corriendo, entonces mis hijos se metieron a la casa otra vez, y yo me quedé parada en la calle. Los veía a través de la ventana. Sí es verdad que todos los males se te regresan, les salen patas, viven contigo y te siguen a todos lados.